

LA CIENCIA COMO BÚSQUEDA

DON QUIJOTE, LA NEUROCIENCIA Y EL INTERROGATORIO DE LA VERDAD

ROMÉN REYES-PESCHL

El neurocientífico Rodrigo Quian Quiroga se preguntó si «los científicos, embarcados en búsquedas personales y quijotescas cruzadas, se pasan el tiempo pensando». Esta invocación adjetival de *Don Quijote* de Cervantes presenta la ciencia como una búsqueda épica que equipara la racionalidad científica con los delirios de Don Quijote. ¿Es la búsqueda de la verdad por parte de la ciencia, quijotesca y literaria, un «racionalismo neurótico», en palabras del filósofo Nicholas Maxwell?

Palabras clave: Quijote, búsqueda, neurociencia, cerebro, Borges.

Este artículo surge de los comentarios de un libro publicado recientemente por un neurocientífico. Sin embargo, el libro no trata principalmente de sus hallazgos; estos los ha esbozado previamente en otro lugar, y su libro más reciente trata en realidad acerca de un importante literato. Entonces, ¿qué tienen que ver entre sí estas cosas? De acuerdo con el científico en cuestión, Rodrigo Quian Quiroga, la raíz común de sus investigaciones sobre la memoria y los escritos de Jorge Luis Borges se encuentra en la historia de la neurociencia, que repasa por completo en *Borges y la memoria*, de 2011. En la versión inglesa del libro (*Borges and Memory*, 2012), Quian Quiroga agradece la traducción de Juan Pablo Fernández de la siguiente manera: «Borges, que se crio bilingüe, bromeó diciendo que la versión en español de *Don Quijote* era una mala traducción del original en inglés. Podría darse el caso, de hecho, de que la traducción al inglés [de *Borges y la memoria*] supere al original» (Quian Quiroga, 2012: 204). Por lo tanto, este artículo versará sobre la búsqueda y negociación de la verdad a través de varios ámbitos culturales, ya sean lingüísticos o disciplinarios, en la traducción o históricos, sobre neurociencia o literatura. El artículo propone que desde su codificación en la época de William Whewell hasta nuestros días, con Quian Quiroga, la ciencia se ha vendido como una misión épica cortada por el patrón del Quijote, una comparación que paradójicamente equipara la aparente

racionalidad de la ciencia con los contenidos delirantes de la cabeza de Don Quijote, lo que plantea una nueva pregunta: ¿hasta qué punto los científicos han sufrido de lo que el filósofo Nicholas Maxwell llamó «neurosis racionalista»? Considerando la temprana traducción, popularidad y posterior ubicuidad cultural de *Don Quijote* como búsqueda metafóricamente recelosa de la verdad, este artículo describe los efectos de una figura literaria de la talla del Quijote en la ciencia –de igual forma que Quian Quiroga admite que un cuento de Borges espoleó

o de alguna manera esclareció su propia búsqueda científica– y evalúa de forma preliminar las pretensiones de verdad de esas personas de la vida real que no sólo leen, sino que *actúan* en respuesta a ficciones, que piden prestada la caracterización del estudioso de la literatura cognitiva Norman Holland. El objetivo global es encontrar estas afirmaciones dentro de lo que el historiador de la ciencia Max Stadler ha descrito como «un romanticismo cerebral que

inscribe a las neurociencias, a sabiendas o no, en una inmemorial búsqueda antropológica de la significación última, la piedra angular final en el extenuante camino para revelar la naturaleza humana» (Stadler, 2012: 137).

■ LA TRADUCCIÓN COMO BÚSQUEDA

La riqueza de comentarios generada por el *Don Quijote* de Miguel de Cervantes Saavedra desde la publicación

«ADEMÁS DE LA PERENNE
POSICIÓN CENTRAL DE 'DON
QUIJOTE' EN EL CANON
DEL MUNDO HISPANO,
MERECE LA PENA SEÑALAR
SU ALCANCE UNIVERSAL
PRÁCTICAMENTE
INSTANTÁNEO»

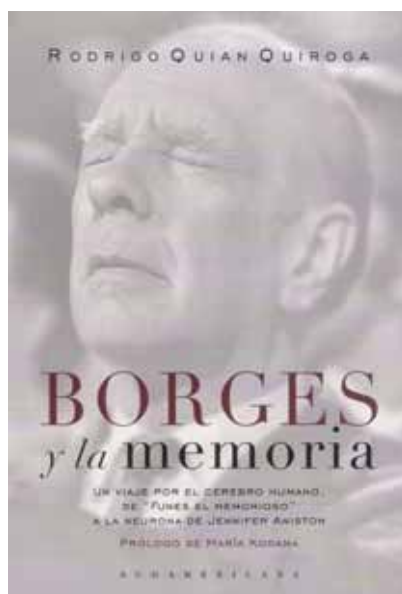
de su primera parte hace más de 400 años es fascinante. Además de la perenne posición central del texto en el canon del mundo hispano, merece la pena señalar su alcance universal prácticamente instantáneo; Manuel Durán y Fay Rogg dan cuenta de ello y afirman que «como fue traducida casi inmediatamente después de su publicación en 1605, [*Don Quijote*] influenció a otros escritores desde su creación» (Durán y Rogg, 2006: 4). Lo que se considera como la primera novela auténtica desde el principio fue objeto de escrutinio, tanto intralingüístico como interlingüístico.

Ciertamente, la traducción es una cuestión inscrita en su tejido textual, puesto que el mismo relato se enmarca como la transcripción en español de un original árabe traducido oralmente. Con esta estructura de traducciones en mente, Durán y Rogg preguntan:

¿Por qué nos cautivan Don Quijote y Sancho? ¿Cómo penetra el trabajo en la mente moderna y juega con ella? Y por tanto, como Don Quijote, comenzamos nuestra cruzada. Elegimos como punto de referencia la traducción de *Don Quijote* de Edith Grossman, porque el vocabulario contemporáneo hace su lectura mucho más fácil.

DURÁN y ROGG, 2006: 5

Entonces, ¿qué tiene que ver esto con la ciencia cognitiva y la neurociencia? Una primera pista es el llamamiento de Durán y Rogg a la casi delirante cuasicruzada de intentar una nueva lectura crítica de *Don Quijote*; Grossman, la traductora de la edición elegida para esta lectura, subraya asimismo que «esforzarse en traducir un escrito ingenioso, sobre todo una obra indispensable como *Don Quijote*, surge del optimismo infinito cuando el traductor valientemente, quizá de forma quijotesca, intenta entrar en la mente del primer escritor a través de la puerta del texto» (Grossman, 2005: XVIII). Este milenar trabajo, como observan Durán y Rogg, sigue «penetrando en la mente moderna y jugando con ella»; de la misma



De acuerdo con Rodrigo Quián Quiroga, la raíz común de sus investigaciones sobre la memoria y los escritos de Jorge Luis Borges se encuentra en la historia de la neurociencia, que repasa por completo en *Borges y la memoria*, de 2011.

«LA TRADUCCIÓN ES UNA CUESTIÓN INSCRITA EN EL TEJIDO TEXTUAL DE 'DON QUIJOTE', PUESTO QUE EL RELATO SE ENMARCA COMO LA TRANSCRIPCIÓN EN ESPAÑOL DE UN ORIGINAL ÁRABE»

forma pero en sentido opuesto, «entrar en la mente» del autor de la novela con *quijotismo*, como implica Grossman, es la manera ideal de acercarse heroicamente al texto. La expresión común indica en este caso que la búsqueda delirante se convierte en la norma que se refuerza recíprocamente: Don Quijote y su escudero (y su autor) hurgan en el cráneo el uno del otro para que uno pueda a su vez hurgar en el de ellos, convirtiendo la neurocirugía exploratoria en el pan de cada día.

Las misiones quijotescas impregnan el léxico cultural de la lengua inglesa. El significado normal de la palabra *quest* en inglés (“búsqueda”) en el sentido de misión o cruzada siempre parece en cierto modo mayor, más significativo o con más aspiraciones que el acto prosaico de buscar, por ejemplo, una pieza perdida de ropa.

Este aspecto con mayor carga épica que está presente en una búsqueda queda reflejado en la sexta definición de la palabra *quest* en el diccionario de inglés de Oxford (OED): «En un romance caballeresco o artúrico: una expedición o búsqueda emprendida por un caballero o grupo de caballeros para obtener un objeto o lograr un objetivo. Ahora también: una búsqueda o viaje similar en cualquier narrativa de ficción». Esta definición se remonta a finales del siglo xv, pero, curiosamente, el OED también afirma que los casos de *Quixote* (“Quijote”), más o menos equivalente tanto en sustantivo como en adjetivo al uso actual de la palabra *quixotic* (“quijotesco”), se documentaron por primera vez en 1644. Este primer ejemplo se acredita al poeta inglés John Cleveland. Mientras que la palabra moderna *quijotesco* se extiende en un sentido que va desde idealista y extravagante hasta imprudente, caprichoso o delirante, el uso por parte de Cleveland sugiere el último extremo de esta escala: «Los Quijotes de esta era luchan contra los molinos de viento de sus propias cabezas». Tengan en cuenta que la localización específica del acto delirante es aquí la *cabeza*. Evidentemente la búsqueda quijotes-





Desde su codificación en la época de William Whewell hasta nuestros días, con Quian Quiroga, la ciencia se ha vendido como una misión épica cortada por el patrón del Quijote, una comparación que paradójicamente equipara la aparente racionalidad de la ciencia con los contenidos delirantes de la cabeza de Don Quijote. En la imagen, una de las múltiples ilustraciones que el artista Gustave Doré realizó para la edición de *El Quijote* de 1863.

«QUIAN QUIROGA ESTÁ ABIERTAMENTE
DISPUESTO A MORAR EN LAS
SUPUESTAMENTE QUIJOTESCAS
FRONTERAS DE LA CIENCIA, ALGO QUE
QUIZÁ NO SEA TAN IRRACIONAL COMO
PARECÍA EN UN PRINCIPIO»

ca ilusoria e intracraneal ha estado en el horizonte de la lingüística anglófona durante mucho tiempo –casi tanto como el propio *Don Quijote*.

En cuanto a la entrada de otro término en el vocabulario general –la palabra ahora omnipresente *científico*–, en 1986 J. A. V. Chapple rechazó la entrada del OED diciendo que William Whewell no acuñó el término en el influyente libro de 1840 *Philosophy of the Inductive Sciences* (“Filosofía de la ciencia inductiva”), sino en un artículo de 1834 para *Quarterly Review* (hecho que ya ha sido verificado y actualizado en el OED). En este texto anterior, Whewell describe la discusión durante la reunión del año anterior de la Asociación Británica para el Avance de la Ciencia acerca de cómo llamar a una persona dedicada a la ciencia: «algún ingenioso gentilhomme propuso que, por analogía con la palabra *artist* [“artista”], se podría formar *scientist* [“científico”], y añadió que no podía haber ningún escrúpulo en determinar tal cosa cuando tenemos palabras como *sciolist* [“diletante”], *economist* [“economista”] y *atheist* [“ateo”]» (Chapple, 1986: 1). Aunque satírica, esta lógica demostró ser sólida y la palabra *scientist* caló y escapó de la polémica que había en la reunión. Lo que es más curioso: de acuerdo con Chapple, el uso de la tercera persona de Whewell en favor de un «ingenioso gentilhomme» se refería a sí mismo, alineándolo directamente con la creación más famosa de Cervantes. En la época de Whewell, el título completo de *Don Quijote de la Mancha*, *El Ingenioso Hidalgo*, se ha traducido al inglés de muchas maneras. Desde el «*Valorous and Wittie Knight Errant*» (“valeroso e ingenioso caballero errante”) de la traducción pionera de Thomas Shelton en 1612 hasta el «*the most Renowned Don*» (“el más renombrado señor”) de la versión de 1687 de John Phillips (Ardila, 2009: 61; 73, nota 6). Pero, con mucho, la versión más común y afín al nombre de hidalgo fue, y todavía es, «*ingenious gentleman*» (“ingenioso caballero”). Por tanto, existen fuertes indicios de que para la década de 1830 los tropos lingüísticos y culturales de las traducciones de *Don Quijote* habían impregnado de tal forma el cerebro de los líderes protocientíficos como Whewell, que se habían convertido en la metáfora guía para la forma en que las nuevas especialidades de la ciencia que nacieron en el siglo XIX se organizaron y refirieron a sí mismas.

■ LA CRUZADA CIENTÍFICA EN BUSCA DE LAS PREGUNTAS

Como Chapple, Charlotte Sleigh escribe convincentemente sobre la interacción de Whewell con los escritores literarios de su época. Sleigh también destaca la

distinción de Whewell entre razonamiento deductivo e inductivo, en la que la deducción es similar a la lógica pura o al pensamiento matemático, mientras que «la inducción consistió en la recopilación de pruebas, en la generalización, y después en un salto explicativo para postular una conclusión general» (Sleigh, 2011: 83). Este «salto explicativo», que también requiere un conocimiento previo en la mente del sujeto, era un razonamiento imaginativo central en la filosofía Whewell. Como dice Sleigh:

El influyente modelo del método científico de Whewell [...] se basaba en el idealismo, según el cual una persona tenía que tener la idea correcta en mente antes de que él o ella pudiera considerar las afirmaciones de la observación científica. Cuando se trataba de la novela, esto implicaba que a los lectores [...] podía confundirles el libro si no eran el tipo adecuado de persona.

SLEIGH, 2011: 20

Aunque tal vez sea un «salto explicativo» demasiado grande, dada la mención de Sleigh de «la novela», es difícil no vislumbrar la crítica de Whewell en la psicotrópica afición de Don Quijote por la lectura –como su ama de llaves dice al principio de la primera parte de *Don Quijote*, «Encomendados sean a Satanás y a Barrabás tales libros, que así han echado a perder el más delicado entendimiento que había en toda la Mancha» (De Cervantes, 1998). Contraponiendo la posición de Whewell con otra superficialmente similar de Edgar Allan Poe, Sleigh escribe que «para Whewell, las ideas de organización que daban sentido a la experiencia tuvieron que venir de una persona respetada, pero los narradores de Poe distan mucho de ser respetables; son borrachos, locos y asesinos» (Sleigh, 2011: 98). A pesar de ser más famoso por sus ficciones, Poe fue también un astuto (aunque a menudo travieso) comentarista de asuntos científicos, y sus fidedignas narraciones no fidedignas se extienden a estos escritos presumiblemente de no ficción: «Los críticos no están de acuerdo ni siquiera sobre la cuestión fundamental de si el ensayo de Poe *Eureka*, acerca de la naturaleza del universo, es serio o paródico» (Sleigh, 2011: 99). Puede que ocurra esto porque esta obra, publicada por primera vez en 1848, revolotea alrededor de la cosmología, la religión y el repertorio de motivos literarios de Poe. La referencia de su título es una transliteración de la expresión en griego «lo encontré», una expresión

normalmente atribuida a Arquímedes de Siracusa. Mientras que el grito de «¡Eureka!» de Arquímedes acompañó en la leyenda al desbordamiento del agua del baño, el *Eureka* de Poe se derrama sobre su trabajo más largo de no ficción, el que ha alimentado más incertidumbre histórica, científica y literaria –su opinión sobre el «lo encontré» apunta más al principio de la búsqueda que al final.

Por lo tanto, al menos desde la época de Whewell y Poe, no es la certeza lo que sigue a la búsqueda, sino la incertidumbre –las preguntas conducen a búsquedas que conducen a más preguntas, y así sucesivamente. En *Borges y la memoria*, Rodrigo Quian Quiroga disipa la noción del «¡Eureka!» que motiva a los científicos, postulando en su lugar las cuestiones y búsquedas cíclicas que acabamos de describir: «¿Qué es, entonces, lo que hace que los científicos vaguen por un universo de ideas y experimentación?» (Quian Quiroga, 2012: 2). Nótese que esta pregunta une el mundo de las ideas

al mundo de la experimentación mediante el acto de deambular. Esto recuerda a la respuesta de Don Quijote a Sancho Panza en relación al verdadero valor de la caballería errante, dada su naturaleza inadvertida. El caballero contesta: «es menester andar por el mundo, como en aprobación, buscando las aventuras, para que acabando algunas se cobre nombre y fama tal, que cuando se fuere a la corte de algún gran monarca ya sea el caballero conocido por sus obras» (De Cervantes,

1998). Tras plantear aparentemente sus razones, el caballero lanza una extensa y quijotesca lista de las consecuencias fortuitas e imaginativas de este «andar» como «aprobación». Quian Quiroga responde su propia pregunta respecto a las motivaciones del científico con otra lista ambiciosa, resumida como sigue: «la búsqueda de conocimiento o, en términos más mundanos, la simple curiosidad. Cuestiones molestas; la necesidad acuciante de resolver algo y la incapacidad de hacer nada más hasta que se encuentra la respuesta» (Quian Quiroga, 2012: 2). Estas cuestiones «acuciantes» y «molestas» rozan lo compulsivo. Es decir, la búsqueda que menciona no parece una elección, sino un imperativo mental y físico. Empieza ya a parecer que esta «simple curiosidad» requiere un interrogatorio más complejo de lo permitido. Quian Quiroga continúa diciendo que «uno puede, por tanto, preguntarse si los científicos, embarcados en búsquedas personales y quijotescas cruzadas, se pasan el tiempo pensando»

«LA BÚSQUEDA
QUIJOTESCA ILUSORIA
E INTRACRANEAL HA
ESTADO EN EL HORIZONTE
DE LA LINGÜÍSTICA
ANGLÓFONA DURANTE
MUCHO TIEMPO, CASI TANTO
COMO 'DON QUIJOTE'»





Mientras que el adjetivo moderno *quijotesco* se extiende en un sentido que va desde idealista y extravagante hasta imprudente, caprichoso o delirante, el antiguo uso por parte del poeta John Cleveland sugiere el último extremo de esta escala: «Los Quijotes de esta era luchan contra los molinos de viento de sus propias cabezas». En la imagen, ilustración del artista Gustave Doré para la edición de *Don Quijote* de 1863.

«LOS TROPÓS LINGÜÍSTICOS
Y CULTURALES DE 'DON QUIJOTE'
SE CONVIRTIERON EN LA METÁFORA
GUÍA PARA LA FORMA DE LAS NUEVAS
ESPECIALIDADES DE LA CIENCIA
EN EL SIGLO XIX»

(Quian Quiroga, 2012: 3). A pesar de que posteriormente reclama que la realidad es más repetitivamente mecánica que esta altanería teórica, su invocación adjetival de Don Quijote es sorprendente por dos razones: primero, porque presenta la ciencia específicamente como una cruzada romántica o épica; pero segundo, al admitir que la búsqueda quijotesca respalda e incluso valida las monótonas reiteraciones de la experimentación empírica, equipara la aparente racionalidad de la ciencia con los contenidos delirantes de la cabeza del hidalgo —la búsqueda en sí misma es suficiente para justificar y explicar la alegre vida mental propia ante la rutinaria existencia. Quian Quiroga explica:

[...] en esta cruzada de tratar de entender distintos aspectos acerca de cómo funciona el cerebro [...] es raro, muy raro, llegar a un «Eureka». Los problemas suelen quedar abiertos, las respuestas suelen revelar nuevas preguntas y la solución final es casi siempre elusiva. Pero quizá nuestra obstinada perseverancia no sea más que el hecho de saber [...] que el placer no sólo está en encontrar la respuesta sino en la búsqueda constante.

QUIAN QUIROGA, 2012: 3

Este placer, por tanto, sería el de preguntas y mediciones repetitivas, con su objetivo final intencionalmente ilusorio. Esto parece una racionalización paradójica, una equiparación deliberada del método científico con la cruzada quijotesca, que plantea una nueva pregunta: ¿hasta qué punto los científicos como Quian Quiroga sufren de lo que el filósofo Nicholas Maxwell llama «neurosis racionalista»?

■ ¿RACIONALIDAD NEURÓTICA?

Maxwell cree que la ciencia ha aumentado la potencia de conocimiento y técnica de la humanidad, pero debido a una «neurosis racionalista», no ha aumentado su sabiduría. Al parecer esto llevó a:

[...] la crisis que subyace a las demás crisis actuales: la ciencia sin sabiduría. En estas circunstancias, continuar persiguiendo el conocimiento, la técnica y la tecnología *separado* de una búsqueda más trascendental de sabiduría únicamente puede empeorar la crisis. De manera urgente, necesitamos liberar a la ciencia y a los estudiosos de sus neurosis [...].

MAXWELL, 2004: XIII (énfasis en el original)

Esto puede parecer exagerado, pero corrobora la elección por parte de Maxwell de la palabra *quest* (“búsqueda”), como algo mayor o más significativo que subyace al aspecto cotidiano de la ciencia, y lo usa otra vez para defender el retorno a una versión más racional de la práctica de la «filosofía natural» previa a la

ciencia y amiga de las humanidades (Maxwell, 2004: 47). Los objetivos de Maxwell son enrevesados pero reclaman una centralidad conceptual; todo su argumento tiene que ver con la verdad de los objetivos. Su punto de partida para explicar la «neurosis racionalista» es el complejo de Edipo, ignorando el deseo de amar o matar a uno de los padres en favor de objetivos abstractos. Representa el complejo como un objetivo A en conjunción con otro objetivo B más problemático (y por consiguiente, reprimido), que resultan en la declaración de un inconscientemente falso objetivo C: «La neurosis, tal y como la he esbozado [...], es una condición en la que puede caer prácticamente *cualquier* entidad que persigue un objetivo, en tanto que es suficientemente sofisticada para representar, y por tanto malinterpretar, los objetivos que persigue» (Maxwell, 2004: 2; énfasis en el original). Para Maxwell la ciencia y, por extensión, el mundo académico, son racionalmente neuróticos porque tergiversan sus propios objetivos.

«EL PUNTO DE PARTIDA DE MAXWELL PARA EXPLICAR LA "NEUROSIS RACIONALISTA" ES EL COMPLEJO DE EDIPO, IGNORANDO EL DESEO DE AMAR O MATAR A UNO DE LOS PADRES EN FAVOR DE OBJETIVOS ABSTRACTOS»

Los comentarios de Quian Quiroga mencionados anteriormente, que proponen un objetivo ilusorio para continuar dirigiendo las preguntas, podrían, a primera vista, parecer neuróticos a su manera. Sin embargo, al haber probado el objetivo ilusorio y su naturaleza quijotesca, es mucho más cercano a la afirmación de Maxwell el hecho de que en el fondo, el objetivo real, problemático y, por lo tanto, repudiado de la ciencia es «mejorar el conocimiento de la verdad *explicativa*, presuponiendo que la verdad sea explicativa o comprensible» (Maxwell, 2004: 115; énfasis en el original). La cuestión aquí es esta presuposición metafísica crucial, que según Maxwell la ciencia rechaza en favor de un modelo empírico estándar que no da ninguna verdad por sentada si no hay pruebas. Pero Quian Quiroga no niega tal cosa, y en cambio admite abiertamente el dilema: que la mera posibilidad de la verdad es una conjetura. Su búsqueda quijotesca se parece más, irónicamente, a ese «salto explicativo» que Charlotte Sleight atribuye a William Whewell. Si la afirmación de Maxwell de que el primer paso en la lucha contra la



Quian Quiroga se pregunta «¿Qué es [...] lo que hace que los científicos vaguen por un universo de ideas y experimentación?». Esta pregunta une el mundo de las ideas al mundo de la experimentación mediante el acto de deambular. Esto recuerda a la respuesta de Don Quijote a una pregunta de Sancho Panza en relación al verdadero valor de la caballería errante: «es menester andar por el mundo, como en aprobación, buscando las aventuras, para que acabando algunas se cobre nombre y fama tal, que cuando se fuere a la corte de algún gran monarca ya sea el caballero conocido por sus obras». Arriba, ilustración del artista Gustave Doré para la edición de *Don Quijote* de 1863.

neurosis racionalista es confesar abiertamente que la padecemos, Quian Quiroga está en el buen camino hacia la recuperación. Además, el argumento de Maxwell descansa circularmente en un modelo freudiano al que en cierto modo también se le ha diagnosticado el mismo problema que al resto de la ciencia (Maxwell, 2004: 112). Del mismo modo, su apelación justificadamente idealista a la «búsqueda» científica queda subvertida en su comentario sobre las consecuencias de las llamadas Guerras de la Ciencia: «En un mundo dominado por los productos del progreso científico es quijotesco en extremo negar que tal progreso haya tenido lugar» (Maxwell, 2004: 127). No es la búsqueda por sí misma de la que hablaba Quian Quiroga, sino un autorrecho, que insiste en que los fines quijotescos justifican los medios usados por uno mismo mientras que al tiempo condenan ese delirio en los demás.

■ EL VALOR UBICUO DEL QUIJOTISMO

Quian Quiroga no es una voz solitaria en la noche, invocando sin saberlo a *Don Quijote* en el pensamiento y la práctica científica –hasta la más breve encuesta muestra lo contrario. Los psicólogos cognitivos Stephen Goldinger y Tamiko Azuma titulan su estudio «Puzzle-solving science: the quixotic quest for units in speech perception» (“La ciencia de resolver puzzles: la búsqueda quijotesca de unidades en la percepción del habla”, 2003), mientras que el psicólogo cuantitativo Patrick Curran expresa su constante incertidumbre en el artículo «The Seemingly Quixotic Pursuit of a Cumulative Psychological Science» (“La búsqueda aparentemente quijotesca de una ciencia psicológica acumulativa”, 2009), y escribe que *Don Quijote* yuxtapone

[...] la ansiosa búsqueda de ideales poco realistas con nociones prácticas en la realidad de la vida diaria. El personaje principal consigue capturar la auténtica naturaleza de la búsqueda idealista hasta el punto de que con el paso del tiempo su nombre se convierte en el adjetivo que describe un acto tan irreflexivamente inútil. Entonces, ¿es justo describir la búsqueda de una ciencia psicológica acumulada como quijotesca? Algunos días pienso que lo es, mientras que otros pienso que no.

CURRAN, 2009: 77

Sin embargo, todavía lo considera una «*vitally important quest*» (“misión de vital importancia”, Curran,

2009: 79). Personalidades de la neurociencia como Semir Zeki y Christof Koch tienen sendos libros con la palabra *quest* en el título, y hay quien diría que sus controvertidos trabajos sobre los correlativos neuronales de la creatividad y la consciencia, respectivamente, son quijotescos (véase Zeki, 2009; Koch, 2004). Cambiando de enfoque, el politólogo Wolf Lepenies afirma audazmente que «los poetas anticiparon los descubrimientos de la ciencia. Cervantes había esbozado en su admirable *Don Quijote* la verdadera naturaleza de la locura mucho antes de que lo hiciera cualquier biólogo; con profunda intuición había descrito cómo nuestras emociones influyen en nuestras percepciones» (Lepenies, 1988: 39-40). Curiosamente, esto concuerda con lo que Nicholas Maxwell reconoce que es un raro ejemplo de cordura en el fango de la neurosis racionalista (aunque él se la atribuye a sí mismo de todos modos):

[...] algunas cosas se han movido en la dirección de la indagación acerca de la sabiduría. [...] Se reconoce más [...] el papel fundamental de la emoción en el conocimiento, [que] por lo que respecta a la neurociencia, enfatizó especialmente Damasio [...]. Cerca de dos décadas antes, insistí en que la emoción era esencial para la racionalidad, para la indagación racional, y para la ciencia.

MAXWELL, 2004: 117-118

En cualquier caso, si las emociones influyen de forma quijotesca en las percepciones, y los comentaristas científicos eligen alinearse con el hidalgo, entonces la cruzada científica parece requerir un paradigma quijotesco, afectivo e intencionalmente imaginativo o fantástico.

Esto no quiere decir, sin embargo, que Quian Quiroga sea un genio solitario que es ignorado en la actualidad, pero que será históricamente reivindicado por la tradición quijotesca. Su libro *Borges y la memoria* no trata sobre *Don Quijote*, ni siquiera sobre el valor de la verdad en la ciencia en sí misma. Trata de los intereses de Quian Quiroga en un cuento de Borges, la asombrosa coherencia del texto con su trabajo como neurocientífico y, potencialmente, de sus raíces comunes. Al describir su trabajo diario, que dista mucho de ser solitario, se apresura a dar crédito a sus antepasados y a los equipos con los que ha trabajado. Sin embargo, en un libro sobre un tema aparentemente literario, Quian Quiroga también está abiertamente dispuesto a morar en las supuestamente quijotescas fronteras de la ciencia, algo que, como se muestra, quizá no sea tan irracional (ni



En palabras del politólogo Wolf Lepenies, «los poetas anticiparon los descubrimientos de la ciencia. Cervantes había esbozado en su admirable *Don Quijote* la verdadera naturaleza de la locura mucho antes de que lo hiciera cualquier biólogo».

Arriba, ilustración del artista Gustave Doré para la edición de *Don Quijote* de 1863.

A la derecha, retrato de Miguel de Cervantes atribuido a Juan de Jáuregui (c. 1600).

tan poco común) como parecía en un principio. Como Don Quijote, Borges tenía una biblioteca personal que era la fuente de sus aventuras imaginarias; y al igual que el cura y el barbero, personajes que tratan de curar a Don Quijote mediante el examen de su biblioteca y la evaluación de su material de lectura, Quian Quiroga pasa todo un capítulo de su relativamente breve libro describiendo en términos aduladores su visita a la biblioteca conservada de Borges. Curiosamente, la cruzada de la ciencia se convierte aquí en un empeño más tradicionalmente filológico, en el que Quian Quiroga diagnostica las posibles influencias filosóficas, literarias o teóricas contenidas en la biblioteca de Borges, las cuales, si la tesis sobre la raíz común de la que se habla en *Borges y la memoria* es correcta, serían sin él saberlo las propias influencias de Quian Quiroga —y tener influencias de esta manera no sería objetivo, ni imparcial, de hecho sería muy poco científico.

Pero esta es específicamente la postura de Quian Quiroga: la de alguien obsesionado con la mente y el cerebro, incluso más allá de su fascinante trabajo em-



Real Academia Española

«LA CRUZADA DE LA CIENCIA SE
CONVIERTE EN UN EMPEÑO MÁS
TRADICIONALMENTE FILOLÓGICO, EN EL
QUE QUIAN QUIROGA DIAGNOSTICA LAS
POSIBLES INFLUENCIAS FILOSÓFICAS,
LITERARIAS O TEÓRICAS CONTENIDAS EN
LA BIBLIOTECA DE BORGES»

pírico sobre la memoria y el concepto de abstracción a nivel neuronal. Deliberadamente representa una búsqueda quijotesca porque en lugar de oscurecer la verdad, este refugio temporal de las tareas cotidianas del laboratorio neurocientífico en realidad le proporciona una mejor visión de su práctica. Se puede encontrar un paralelismo útil en Don Quijote: hacia el inicio de la segunda parte, el hidalgo derrota accidentalmente al Caballero de los Espejos y a su escudero. Poco después se revelará que estos dos no son más que otro par de médicos aficionados con el objetivo secreto de curar el problema mental de Don Quijote participando del mismo. Son sus paisanos, el bachiller Sansón Carrasco y su amigo Tomé Cecial, el último de los cuales dice:

—[...] con facilidad se piensa y se acomete una empresa, pero con dificultad las más veces se sale della. Don Quijote loco, nosotros cuerdos, él se va sano y riendo; vuesa merced queda molido y triste. Sepamos, pues, ahora cuál es el loco, el que lo es por no poder menos o el que lo es por su voluntad.

A lo que respondió Sansón:

—La diferencia que hay entre esos dos locos es que el que lo es por fuerza lo será siempre, y el que lo es de grado lo dejará de ser cuando quisiere.

DE CERVANTES, 1998

Participar activamente en un delirio le puede costar a uno algunos moretones a corto plazo, pero es en última instancia mucho más deseable que permitir simplemente que la ficción modifique la propia «corteza dorsolateral prefrontal [...] tanto para la inacción como para la acción [y así] no estar seguro del estado en la realidad [de uno mismo], así como el de la historia», como Norman Holland (2012: 85) extrapola a partir de las teorías neurocientíficas de Llinás, Passingham y otros. De lo que Sansón Carrasco no se da cuenta es de que es tanto o más «un hombre que *actúa* en respuesta a ficciones» (Holland, 2012: 86; énfasis en el original), que es como Holland describe a Don Quijote, pero podría igualmente representar a Borges o a Quian Quiroga. En la cruzada de la ciencia, como en cualquier búsqueda de la verdad, es mejor optar por ser racionalmente quijotesco que perderse pasivamente en la neurosis. ☉

REFERENCIAS

ARDILA, J. A. G. (ed.), 2009. *The Cervantean Heritage: Reception and Influence of Cervantes in Britain*. Legenda/MHRA/Maney. Londres/Leeds.

CHAPPLE, J. A. V., 1986. *Science and Literature in the Nineteenth Century*. MacMillan Education. Basingstoke/Londres.

CURRAN, P. J., 2009. «The Seemingly Quixotic Pursuit of a Cumulative Psychological Science: Introduction to the Special Issue». *Psychological Methods*, 14(2): 77–80. DOI: <10.1037/a0015972>.

DE CERVANTES, M., 1998. *Don Quijote de la Mancha*. Instituto Cervantes. Madrid. Disponible en: <http://cvc.cervantes.es/literatura/clasicos/quijote/>.

DURÁN, M. y F. R. ROGG, 2006. *Fighting Windmills: Encounters with Don Quixote*. Yale University Press. New Haven, CT/Londres.

GOLDINGER, S. D. y T. AZUMA, 2003. «Puzzle-Solving Science: the Quixotic Quest for Units in Speech Perception». *Journal of Phonetics*, 31: 305–320. DOI: <10.1016/S0095-4470(03)00030-5>.

GROSSMAN, E., 2005. «Translators' Note to the Readers». En DE CERVANTES, M. *Don Quixote*. Vintage. Londres.

HOLLAND, N. N., 2012. «Don Quixote and the Neuroscience of Metafiction». En JAÉN, I. y J. J. SIMON (eds.), 2012. *Cognitive Literary Studies: Current Themes and New Directions*. University of Texas Press. Austin, TX.

KOCH, C., 2004. *The Quest for Consciousness: A Neurobiological Approach*. Roberts and Company. Englewood, CO.

LEPENIES, W., 1988. *Between Literature and Science: The Rise of Sociology*. Cambridge University Press. Cambridge.

MAXWELL, N., 2004. *Is Science Neurotic?* Imperial College Press. Londres.

QUIAN QUIROGA, R., 2012. *Borges and Memory: Encounters with the Human Brain*. MIT Press. Cambridge, MA.

SLEIGH, C., 2011. *Literature and Science*. Palgrave MacMillan. Basingstoke.

STADLER, M., 2012. «The Neuromance of Cerebral History». En CHOUDHURY, S. y J. SLABY (eds.), 2012. *Critical Neuroscience: A Handbook of the Social and Cultural Contexts of Neuroscience*. Wiley-Blackwell. Chichester.

ZEKI, S., 2009. *Splendors and Miseries of the Brain: Love, Creativity, and the Quest for Human Happiness*. Wiley-Blackwell. Chichester.

«LA POSTURA DE QUIAN QUIROGA ES LA DE ALGUIEN OBSESIONADO CON LA MENTE Y EL CEREBRO, INCLUSO MÁS ALLÁ DE SU FASCINANTE TRABAJO EMPÍRICO SOBRE LA MEMORIA Y EL CONCEPTO DE ABSTRACCIÓN A NIVEL NEURONAL»

ABSTRACT

Science as a Quest: Don Quixote, Neuroscience and the Interrogation of Truth.

Neuroscientist Rodrigo Quian Quiroga has wondered whether «scientists, embarked upon their personal quests – their quixotic endeavours – spend their time just thinking». This adjectival invocation of Cervantes' *Don Quixote* pitches science as an epic quest that equates scientific rationality with the Don's delusions. Does science pursue truth in a quixotic, literary way that philosopher Nicholas Maxwell terms «rationally neurotic?»

Keywords: Quixote, quest, neuroscience, brain, Borges.

Romén Reyes-Peschl. Profesor ayudante de la Facultad de Filología Inglesa, Universidad de Kent (Reino Unido).